



LA INMENSIDAD.
El desierto del Sáhara luce
con toda su grandeza entre
Tombuctú y Arawan.

OCÉANO TUAREG

Los tuaregs son pastores, artesanos y, por encima de todo, guerreros.
Un grupo de rebeldes han vuelto a empuñar sus armas en Malí.
Viajamos en imágenes a su territorio histórico al norte del país.
Por **JAVIER VALENZUELA**. Fotografía de **NAVIA**





LA RECIENTE GUERRA ES UNA NUEVA DISPUTA POR EL CONTROL SOSTENIDA POR LOS NÓMADAS DEL DESIERTO

LAS CALLES DE GAO. Al norte de Malí, esta es una de las ciudades que los rebeldes tuaregs han arrebatado al Gobierno de Bamako.

Hay palabras que despiertan profundas resonancias en nuestra imaginación. Dos de ellas se unieron el primer día de abril en una noticia que parecía sacada de una edición del decimonónico *The Illustrated London News*: los tuaregs habían conquistado Tombuctú. Los dos sustantivos de ese titular evocaban de modo instantáneo e inevitable el enigma y la aventura: los tuaregs, el legendario, belicoso e irreductible pueblo nómada del desierto; Tombuctú, una ciudad muy lejana e inaccesible, tan en los confines del mundo que tal vez no exista, uno de esos nombres sonoros que los humanos hemos dado a los sueños.

Tombuctú, no obstante, es una ciudad real. Está situada en la confluencia del gran desierto del Sáhara y el punto más septentrional del errático río Níger, en el norte de lo que hoy es la República de Malí. Fue fundada por nómadas tuaregs dedicados al pastoreo hacia el siglo XI o XII de la era cristiana. Aquellos tuaregs traían sus sedientos rebaños a pastar cerca del Níger, y allí, a pocos kilómetros al norte del río, terminaron convirtiendo su campamento en una aldea permanente. Las jaimas dieron paso a casas de adobe y surgieron huertos de sandías, una fruta que, como escriben los canadienses Marq de Villiers y Sheila Hirtle en *Tombuctú. Viaje a la ciudad del oro* (Península, 2008), es “un poderoso símbolo de fecundidad, una manera de extraer agua de la arena, toda una metáfora de la vida en el desierto”.

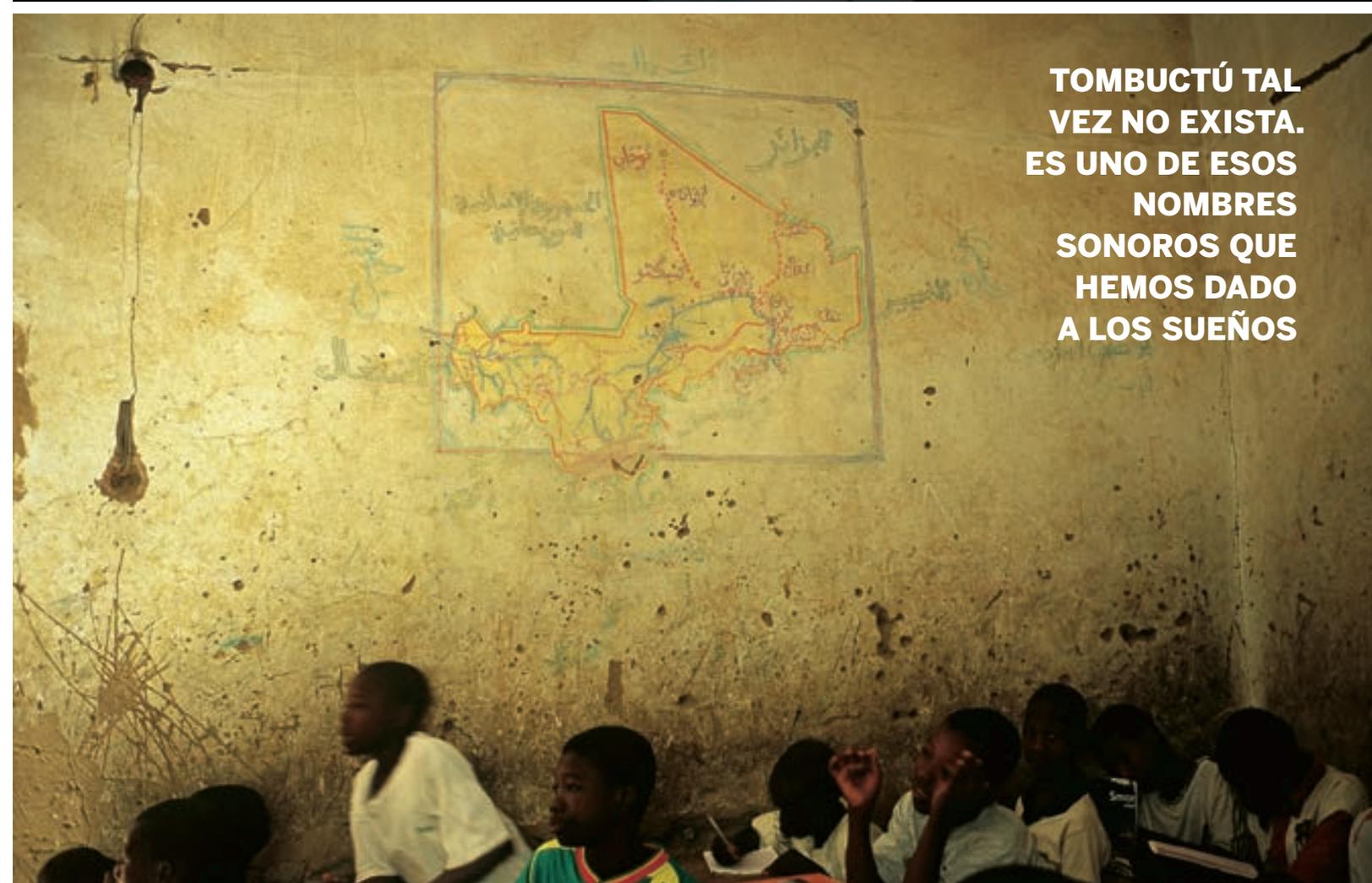
ERA UN LUGAR ESTRATÉGICO, en el lomo de un camello que tuviera el Sáhara como uno de sus flancos y el Níger como el otro, y Tombuctú no tardó en convertirse en una ciudad próspera, la principal encrucijada de las caravanas comerciales transaharianas de la sal, el oro y los esclavos. La sal venía del Norte, de las minas del desierto; el oro y los esclavos, del Sur, del África negra. El sur necesitaba sal para vivir; el norte –el Magreb árabe y la Europa medieval y renacentista– codiciaba el oro y los esclavos de lo que llamaba Ghana.

Siempre ha habido tuaregs en Tombuctú, pero no siempre la ciudad les ha pertenecido. La guerra de esta primavera también puede contemplarse como un nuevo episodio de las disputas por el control de la ciudad que han sostenido secularmente los >



PUEBLO DE ARENA. Bajo estas líneas, viviendas en Arawan, que significa 'pueblo de arena' y está enclavado en pleno Sáhara (en esta imagen, nómadas del desierto). A la derecha, escuela de Tombuctú y puerto de Gao.





**TOMBUCTÚ TAL
VEZ NO EXISTA.
ES UNO DE ESOS
NOMBRES
SONOROS QUE
HEMOS DADO
A LOS SUEÑOS**

UNO DE SUS AFORISMOS MÁS APRECIADOS DICE: “QUE DIOS SEA TODOPODEROSO NO JUSTIFICA NUESTRA IGNORANCIA”



> nómadas del desierto, los fieros guerreros que surgían del vacío a lomos de sus camellos y con los rostros cubiertos por velos azules, con los pueblos de ébano del sur y el oeste del río Níger. De hecho, en algunos de sus momentos más gloriosos la ciudad estuvo dominada por los imperios africanos del Sol –Ghana, Malí y Songai–, tal como lo estaba hasta su reciente toma por la contemporánea República de Malí, con capital muy al sur, en Bamako.

Y SIN EMBARGO, Tombuctú consiguió en sus primeros siglos de existencia no solo ser sinónimo de riqueza y cultura, sino también de convivencia pacífica y feraz de comunidades. Así la describieron el viajero tangerino Ibn Batuta en el siglo XIV y el granadino León el Africano a comienzos del XVI. Los relatos del primero no llegaron a Europa, pero sí lo hizo la obra maestra del segundo, su *Historia y descripción del África y de las extraordinarias*

cosas que contiene. León el Africano contaba que aquella lejana ciudad estaba habitada por gente de muchas razas y muy rica –“la moneda de Tombuctú es el oro puro, sin acuñar, sin inscripción de ningún tipo”–, que tenía palacios y mezquitas maravillosos, jardines y huertos verdísimos y que atesoraba los libros sobre religión, astronomía, medicina, leyes y filosofía, una pasión basada en un aforismo allí muy apreciado: “Que Dios sea todopoderoso no justifica nuestra ignorancia”.

El relato de León el Africano comenzó a despertar la curiosidad y la avidez de los europeos, pero en un primer momento fue un sultán marroquí el que, a finales del siglo XVI, se lanzó a la conquista de Tombuctú. En el otoño de 1590 salió de Marrakech en dirección al sur un ejército formado por mercenarios andalusíes –descendientes de familias musulmanas del reino nazarí de Granada expulsadas tras su conquista por los Reyes Católicos– y equipado con armas de fuego. A aquella tropa, que tenía el castellano aljamiaado como lengua franca, la mandaba el también granadino Yuder Pachá.

Gracias a que manejaban la pólvora, los diezmados andalusíes enviados por el sultán marroquí derrotaron a las mucho más numerosas tropas del imperio Songai, entonces dueño de Tombuctú, y en la primavera de 1591 se adueñaron de la ciudad. Y allí se quedaron. Separados por cientos y cientos de kilómetros de arena de su lugar de partida, los soldados de Yuder Pachá y sus descendientes, denominados los *armas*, terminarían constituyendo uno más de sus múltiples grupos étnicos, uno particularmente aristocrático.

Todavía hoy, una de las acepciones de la palabra *Tombuctú* en el diccionario inglés de Oxford es la de “el lugar más distante imaginable”. En los siglos XVII, XVIII y XIX, Tombuctú fue despertando en el imaginario occidental una hipnótica atracción: era una ciudad fabulosa, de incontables riquezas, prohibida para los cristianos y ubi-

cada en una región ignota. Unos la situaban en el corazón del inmisericorde desierto; otros, al borde de un inmenso río. La leyenda crecía. En plena expansión colonial, británicos y franceses querían adueñarse de ella, conjeturaban que podía suponer para sus imperios lo que Perú al español. Enviaron varias expediciones y ninguna regresó. La inaccesibilidad de la ciudad aumentó su enigma; en un poema llamado *Timbuctoo*, lord Alfred Tennyson la describió como “misteriosa” y “fantasmal”, comparándola con la Atlántida y El Dorado.

EN 1824, LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA de París ofreció un premio de 2.000 francos al primer explorador europeo que demostrara la existencia de Tombuctú. René Caillié aceptó el reto. Chapurreaba árabe, conocía los rudimentos del islam e inició su aventura desde las costas del golfo de Guinea. Caillié se hizo pasar por un musulmán egipcio a quien Napoleón habría llevado cautivo a Francia de niño y que quería regresar a su patria atravesando África. “Era tan absurda su historia”, escribió Luis Reyes en el semanario *Tiempo*, “que nadie la puso en duda, y unos mercaderes mandingos le dejaron incorporarse a su caravana como traficante de baratijas. Recorrió 1.500 kilómetros roto por el escorbuto y con los pies sangrando, y el 20 de abril de 1828 llegó a Tombuctú, la capital de fábula. Lo que encontró allí, ¡oh decepción!, no tenía nada que ver con la leyenda: “Un apiñamiento de casas de barro rodeado por llanuras áridas”, escribió desencantado. Hacía mucho que la ciudad había perdido su grandeza.

Caillié regresó atravesando el Sáhara a pie y llegando, 3.000 kilómetros después, a Tánger. Murió en Francia a los 39 años, pobre y exhausto. Y en 1893 su país terminaría conquistando militarmente el decadente y polvoriento villorrio en que se había convertido Tombuctú.

Para los tuaregs, sin embargo, Tombuctú es un lugar por el que vale la pena luchar y morir. Ellos la fundaron –y siempre la han habitado–, pero muchas veces no la han gobernado. Ahora lo intentan de nuevo, como tantas otras veces en el pasado.

De origen bereber, los tuaregs son un pueblo que habita el Sáhara desde tiempos inmemoriales. Antes del comienzo de la era cristiana, sus ancestros se refugiaron de no se sabe qué o quién en el lugar más inhóspito del desierto y lo convirtieron en su hogar. >

FORTALEZA SAGRADA. En esta página, interior de la mezquita de Yinguereber (Tombuctú), con más aire de fortaleza que de templo. A la izquierda, herrero tuareg en Tombuctú.



> A lomos de sus camellos, llevan siglos campando a sus anchas por esos arenales y pedregales, pastoreando sus rebaños de cabras, ovejas y dromedarios, y asaltando si es menester lo que se les pone a tiro. Cuando los árabes musulmanes llegaron al Gran Vacío, el espacio desértico entre la costa mediterránea norteafricana y el *Bilad al Sudan*, la tierra de los negros, allí ya estaban los indomables nómadas tuaregs. Estos adoptaron a su manera la nueva religión que traían los árabes: el desierto es propicio para creer en la unicidad de Dios.

PERO LOS TUAREGS son inconfundibles. Tienen lengua *-tamasheg-* y escritura *-tifinag-* propias. Suelen vestir con turbantes y túnicas de un color azul índigo netamente identificable. Los hombres, que no las mujeres, cubren sus rostros con velos negros o azules. Se rigen por el matriarcado, son monógamos y sus mujeres gozan de derechos y libertades tradicionalmente no habituales entre sus parientes étnicos o religiosos. Les encanta escuchar música y poesía y también aprecian los perfumes, los incienso y las especias aromáticas. Pastores, artesanos y, por encima de todo, guerreros, los tuaregs se llaman a sí mismos en su lengua *imoshag*, los libres, los nobles.

Nadie sabe cuántos son: entre uno y dos millones, repartidos por cinco de los actuales países africanos, Argelia, Libia, Malí, Níger y Burkina Faso. Pero ahora ya conocemos lo que reivindica este pueblo que jamás creyó en fronteras estatales aunque intentaran imponérselas unos y otros: quieren tener su propio Estado en el corazón de su territorio histórico, y eso corresponde más o menos al norte del actual Malí. Es el único modo, dicen, de que su mundo no siga sumiéndose en la marginación, la miseria y la pérdida de identidad causadas por las sequías, las hambrunas y la incuria de Bamako. A esa tierra desértica por encima del río Níger que reclaman como su patria, del tamaño de Francia, le llaman Azawad.

En 1960, Francia concedió la independencia a un nuevo Estado llamado República de Malí. Sus fronteras, que incluían las tierras situadas al sur y al norte del río Níger, eran tan artificiales como las de muchos otros en Francia. A partir de 1968, Malí quedaría en las manos de un militar llamado Musa Traoré, de la etnia bambara, que gobernó desde la capital, Bamako, sin ocupar



se de las zonas septentrionales. Rechazando el intento de sedentarizarlos a cualquier precio y reivindicando su derecho a vivir a su manera y a gestionar sus propios asuntos, los tuaregs se alzaron en armas varias veces y otras tantas fueron duramente reprimidos por el Ejército de Malí, integrado mayoritariamente por africanos subsaharianos.

Hasta ahora. En el primer trimestre de este año, los rebeldes tuaregs del Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad (MNLA) le han arrebatado militarmente al Gobierno de Bamako buena parte del norte del país, incluidas las históricas ciudades de Kidal, Gao y Tombuctú, y allí han proclamado la independencia de su

nuevo Estado. Tombuctú, a 700 kilómetros por encima de Bamako, fue conquistada sin combates. Cuando entraron los tuaregs, las tropas regulares de Malí ya habían huido. Los tiros que se escucharon fueron los disparados al aire para festejar su victoria por los guerreros del velo azul que recorrían la ciudad a bordo de camionetas y ondeando la bandera del MNLA.

Tan amantes de la libertad como fanfarrones –para ellos, una y otra cosa son lo mismo–, los combatientes tuaregs –nacionalistas del MNLA y grupos salafistas, alguno de ellos asociado con Al Qaeda– parecen haber alcanzado su sueño: liberar Azawad. Les ha favorecido la descomposición del po-

LOS TUAREGS FUNDARON TOMBUCTÚ. PARA ELLOS ES UN LUGAR POR EL QUE MERECE LA PENA MORIR. AHORA INTENTAN GOBERNARLO



LECCIONES. Los niños ejercen su aprendizaje a través de tablillas de madera en las escuelas coránicas de Tombuctú, imagen que recoge la página anterior. A la izquierda, vista de la misma ciudad. Arriba, perspectiva de Arawan.

der en Bamako y el refuerzo de muchos de los suyos que servían como mercenarios a las órdenes de Gadafi y que tras el violento final del tirano libio regresaron a sus tierras bien provistos de armas y municiones. Y, por supuesto, sus cualidades guerreras. Ya no usan camellos para sus incursiones bélicas, pero los tuaregs, ahora a bordo de todoterrenos y camionetas, siguen siendo maestros en asaltos repentinos y a larga distancia.

De ese desierto al norte del río Níger que los tuaregs reivindicaban como su patria, León el Africano escribió que era “un lugar yermo e inhóspito”, donde “muchos mercaderes son hallados muertos de sed”. La monotonía de los dorados océanos de

arena solo es rota en el Azawad por los grises pedregales de grava, las plateadas salinas y los negros picos de basalto. Es este un país mineral, de colores puros y abrasado por un sol refulgente. Así era en los tiempos de las caravanas de la sal, el oro y los esclavos, y así sigue siendo.

DE VEZ EN CUANDO, UN POZO y hasta una misérrima aldea construida en torno a algunos pozos salpican el paisaje. Arawan es una de ellas. A unos 250 kilómetros al norte de Tombuctú –seis días de viaje en camello o quince horas sin parar en un buen todoterreno con chófer experimentado–, Arawan era parada obligatoria de los salineros antes

de llegar a las fecundas minas de Taudeni y Tagaza. Aún lo es: si el oro y los esclavos ya no transitan por las rutas transaharianas, las salinas aún siguen siendo explotadas.

Y en Arawan están los últimos pozos que pueden encontrarse en cientos de kilómetros a la redonda. No hay otro oasis como este hasta llegar al valle del Draa, en Marruecos, a unos 1.300 kilómetros al norte. Así que hay que llenar la cantimplora y, se sea o no creyente, encomendarse a Dios, porque al salir de allí solo hay un inmenso vacío, una interminable llanura de arena brillante bajo un cielo flamígero. Como el mismo Tombuctú, Arawan conoció tiempos mejores, cuando la habitaban hasta tres mil personas, la atravesaban caravanas de miles de camellos y el lugar contaba con más de cien pozos productivos. Hoy solo quedan un puñado de vecinos y dos pozos útiles.

¿Conservarán Tombuctú en su poder los tuaregs? ¿Se impondrán los nacionalistas o los salafistas entre los guerreros del velo añil? ¿Recuperará la República de Malí el control de la ciudad legendaria? Créanme si les digo que solo Dios, de existir, lo sabe.

Antes de los últimos acontecimientos bélicos, en la primera década del siglo XXI, Tombuctú era poco más que el lugar perdido, arruinado y polvoriento que decepcionó a su primer visitante cristiano, el francés René Caillié. Aunque ya contaba con un aeropuerto, seguía siendo un sitio de muy difícil >

POR ENCIMA DEL RÍO NÍGER, Y CON EL TAMAÑO DE FRANCIA, AZAWAD ES EL PEDAZO DE TIERRA QUE RECLAMAN COMO TERRITORIO HISTÓRICO

> cil acceso por tierra, porque el Gobierno de Bamako no había tenido a bien comunicarlo por una carretera asfaltada, como relató Pep Subirós en el reportaje que publicó en 2006 en *El País Semanal*. La antaño próspera frontera entre el camello que traía la sal del norte y la piragua que traía el oro del sur a través del Níger, la ciudad de intensa espiritualidad musulmana de los 333 santos o morabitos, la capital de los espléndidos palacios, mezquitas y bibliotecas descritos por León el Africano, languidecía como un poblachón de casas de adobe, árboles escasos y marchitos, basuras por todas partes y niños jugando en aguas residuales. Todo ello bajo el asedio de las tormentas de arena y la crónica amenaza de la malaria, la fiebre del dengue, el sida, la polio y otros males.

SOLO LA MEZQUITA DE YINGUEREBER parecía dar testimonio de su antigua grandeza. Así la describía Subirós: “Erigida por iniciativa del *mansa* Musa en el año 1330, y después destruida y reconstruida incontables veces, es una edificación extraña, inquietante, con un aire más de fortaleza que de templo. El minarete, aplastado por el sol, pulido por el viento, semeja más un baluarte defensivo que una torre desde donde llamar a la oración. Con todo, el conjunto es



un monumento impresionante de formas blandas y ondulantes, de muros grisáceos y agrietados, como un viejo elefante yacente, esculpido por el tiempo”.

La decepción duraba lo que un primer vistazo. Si, como Subirós o los canadienses De Villiers y Hirtle, el viajero le daba una oportunidad, Tombuctú no tardaba en descubrir sus seculares secretos: el laberinto moruno de su casco antiguo, las celosías de intricado diseño de tantas ventanas, las maderas labradas y el hierro forjado de las

puertas más viejas, la intensa vida familiar y vecinal de los patios interiores, la belleza de tantos edificios de adobe reconstruidos o ruinosos, los manuscritos seculares celosamente conservados por los últimos eruditos, las escuelas coránicas donde los niños aprendían con tablillas de madera. Y sobre todo, su gente: esa Babel compartida por tuaregs, fulanis, bambaras, árabes, dogonas, hausas y otras etnias y comunidades, cada cual hablando su lengua, chapurreando la de los otros y buscándose la vida en francés.

“Tombuctú todavía tiene lecciones que dar”, escribieron De Villiers y Hirtle al final de su libro consagrado a la ciudad. Los niños sonreían, las mujeres desfilaban con una gran variedad de coloristas turbantes y túnicas, los hombres filosofaban mientras jugaban a las cartas o a las damas sentados sobre esterillas o directamente sobre el arenoso suelo. Y, como observó Subirós, “todo el mundo habla de cosas que ocurrieron hace siglos como si fuese ahora mismo, como si cualquier día todo pudiese volver a ser como antes. Quizá tengan razón”.

Tenían razón, tienen razón. La historia suele terminar imponiéndose a la algarabía del momento. Acabamos de comprobarlo una vez más: el primer día de abril de 2012, los tuaregs reconquistaron Tombuctú. ●

Partes desde la batalla de Azawad

Un breve recorrido por el conflicto que ha desestabilizado Malí esta primavera.

- **22 DE MARZO.** A un mes de las elecciones presidenciales previstas para el 29 de abril, militares malienses liderados por el capitán golpista Amadou Haya Sanogo dan un golpe de Estado en este país de África occidental. La errática gestión que el Gobierno del presidente Amadou Toumani Touré llevó a cabo sobre la rebelión tuareg al norte de Malí que arrancó en enero sirve de espoleta para la asonada militar.
- **23 DE MARZO.** El capitán Sanogo comunica, como presidente del Comité Nacional para el Restablecimiento de la Democracia y la Restauración del Estado, que no se perpetuará en el poder. La inseguridad en el país es total.
- **24 DE MARZO.** El Gobierno español suspende la cooperación con Malí, excepto la ayuda humanitaria, como consecuencia del golpe de Estado, condenado internacionalmente.



Soldados malienses anuncian la toma de poder en Bamako.

- **1 DE ABRIL.** Los rebeldes armados tuaregs del Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad (MNLA) avanzan desde el golpe de Estado en su ofensiva para arrebatar al Gobierno de Bamako buena parte del norte de Malí. Entre las ciudades que toman por la fuerza en los últimos días se encuentran las históricas

Tombuctú, Gao y Kidal. Los independentistas cuentan con la alianza de los islamistas radicales de Ansar el Din, vinculado a Al Qaeda en el Magreb islámico, así como con hombres armados que combatieron junto a Muamar el Gaddafi en Libia.

- **6 DE ABRIL.** El MNLA declara el “fin de las operaciones militares” en la franja norte del país. La rebelión proclama la independencia de la región

desértica de Azawad, del tamaño de Francia.

- **12 DE ABRIL.** El presidente provisional de Malí, Dioncounda Traoré, amenaza a los rebeldes tuaregs y a los milicianos islamistas con una guerra “total e implacable” si no abandonan sus posiciones al norte del país.